UNA REMINISCENCIA DEL DR. SAMUEL JOHNSON[1]

El privilegio de las reminiscencias, no importa lo confusas o pesadas que estas resulten, es algo que corresponde generalmente a la gente de mucha edad; y realmente, con frecuencia, gracias a tales recuerdos llegan a la posteridad los sucesos oscuros de la historia, así como las anécdotas menores ligadas a los grandes hechos.

Para aquellos de mis lectores que han observado y apuntado, a veces, la existencia de una especie de veta antigua en mi forma de escribir, me ha sido grato presentarme como un hombre joven entre los miembros de mi generación, y alimentar la ficción de que nací en 1890 en América. Ahora estoy dispuesto, no obstante, a desvelar un secreto que había guardado por miedo a la incredulidad, y a hacer partícipe al público de un conocimiento acumulado sobre una era de la que conocí, de primera mano, a sus más famosos personajes. Así pues, sepan que nací en el condado de Devonshire, el 10 de agosto de 1690 (o, según el nuevo calendario gregoriano, el 20 de agosto), así que por tanto mi próximo cumpleaños será el 228. Habiéndome trasladado pronto a Londres, conocí siendo muy joven a muchos de los más celebrados gentilhombres del reinado de Guillermo, incluyendo al llorado Dryden, que era asiduo a las tertulias del Café de Will. Más tarde conocería a Addison y Switf, y fui aún más íntimo de Pope, al que conocí y respeté hasta el día de su muerte. Pero es del más tardío de todos mis conocidos, el finado doctor Johnson, del que deseo escribir, de forma que le haré llegar mi juventud hasta estos días.

Mi primer encuentro con el doctor fue en mayo del año 1738, no habiéndole conocido hasta entonces. Pope apenas acababa de terminar el epílogo a su Sátiros (la composición comenzaba: «No aparecen dos así en el mismo año») y se disponía a su publicación. El mismo día de su aparición, se publicó también una sátira, imitando el estilo de Juvenal, titulada Londres y obra del entonces desconocido Johnson; tanto impacto tuvo que muchos hombres de talento declararon que era obra de un poeta aún más grande que Pope. Sin embargo, pese a que algunos detractores han dicho que Pope se sintió envidioso, este no escatimó los elogios a su nuevo rival, y habiendo sabido por Richardson quién era su nuevo rival, me comentó, “este Johnson pronto estará *deterré*”.

No tuve contacto personal con el doctor hasta 1763, cuando, en el Mitre, me lo presentó James Boswell, un joven escocés de buena familia y muy instruido, pero de escaso genio y cuyas efusiones métricas había yo a veces revisado.

El doctor Johnson, tal y como le vi por primera vez, era un personaje gordo y chaparro, muy mal vestido, de un aspecto desaseado. Recuerdo que gastaba un pelucón enmarañado, suelto y sin espolvorear, que le venía pequeño a la cabeza. Sus ropajes eran de un pardo herrumbroso, muy deteriorados, y a falta de más de un botón. Su rostro, demasiado lleno para ser agraciado, estaba además marcado por los efectos de algún desorden glandular, y su cabeza se

[1] Samuel Johnson, nacido en 1709 y muerto en 1782, fue erudito, crítico, poeta y polemista, de enorme influencia en la Inglaterra de su tiempo, el siglo XVIII, que tanta fascinación ejerció sobre Lovecraft. El siguiente relato es un buen reflejo de esa atracción que ejerció sobre el autor, pues es un repaso del círculo de literatos (en su mayor parte desconocidos para el público español) que se reunieron alrededor del doctor Johnson y que fueron modelo a emular, en muchos aspectos, para el escritor de Providence.

agitaba de continuo, presa de una especie de convulsión. Ya sabía yo de todo eso, no obstante, de labios del propio Pope, que se había cuidado de hacer indagaciones.
Teniendo setenta y tres años, diecinueve más que el doctor (y digo doctor aunque tal distinción no llegó hasta dos años más tarde), esperaba, desde luego, alguna consideración a mis años, y no le tenía tanto miedo como otros. Cuando le pregunté qué pensaba de mi comentario favorable acerca de su diccionario en el *Londoner*, mi periódico, me contestó:
–Señor mío, no recuerdo haber hojeado su periódico, y no tengo ningún interés en las opiniones de esa parte menos severa de la humanidad.
Más que un poco molesto por lo poco educado de ese tipo, cuya celebridad me había hecho recabar su aprobación, me arriesgué a replicarle y le informé que me sorprendía que un hombre sensible pudiera opinar sobre la dureza de alguien a quien él mismo admitía no haber leído nunca.
–Eso se debe, señor –repuso Johnson– a que no necesito entrar en contacto con los escritos de un hombre para calibrar la superficialidad de sus opiniones, si el mismo lo muestra con su avidez por mencionar su propia producción en la primera pregunta que me hace.
Habiéndonos convertido después en amigos, hablamos de muchos asuntos. Cuando, para complacerlo, le dije que disentía de la autenticidad de los poemas de Ossian, Johnson me replicó:
–Señor, eso no le da gran mérito, puesto que toda la ciudad lo sabe y no es un gran descubrimiento para un crítico de Grub-Street. ¡Igualmente podría haber sospechado que Milton era el autor de *El paraíso perdido*!
De ahí en adelante, vi a Johnson a menudo, sobre todo en reuniones del club literario que él mismo había fundado el año anterior, en compañía de Burke, el orador parlamentario Beauclerk; un caballero de posición, Langton; un hombre devoto y capitán de milicias, sir J. Reynolds; el famoso pintor doctor Goldsmith; el prosista y poeta Nugent, suegro de Burke; sir John Hawkins; Anthony Chamier y yo mismo. Nos reuníamos, por lo general, a las siete en punto de la tarde, una vez por semana, en el Turk's Head de Gerrand Street, Soho, hasta que la taberna fue vendida y transformada en residencia privada; entonces fuimos sentando reales, sucesivamente, en el Prince's de Sackville Street, Le Tellier's de Dover Street y en Parsloe y The Tatched House de St. Jame's Street. En tales reuniones se mantenía un alto grado de cordialidad y serenidad, que contrastan favorablemente con algunas disensiones y disputas que veo hoy en día en las actuales asociaciones literarias y de aficionados. Esa tranquilidad era aún más destacable por cuanto que aquellos caballeros mantenían opiniones muy distintas. El doctor Johnson y yo mismo, entre otros, éramos tories, mientras que Burke era whig y contrario a la guerra con Estados Unidos, y muchos de sus alegatos, en tal sentido, habían gozado de amplia difusión. El menos cordial de los miembros era uno de sus fundadores, sir John Hawkins, que más tarde escribiría muchas falsedades sobre nuestra sociedad. Sir John, un excéntrico, se negó cierta vez a pagar su parte proporcional de la cena, alegando que en su casa no había costumbre de cenar. Más tarde insultó en una forma intolerable a Burke, lo que hizo que los demás le mostrásemos nuestra desaprobación, y después de tal incidente nunca volvió a nuestras reuniones. Aun así, jamás rompió con el doctor, y fue el albacea de su testamento, aunque Boswell y otros tenían sus razones para recelar de la sinceridad de su apego. Otros miembros posteriores del club fueron David Garrick, actor y amigo de la niñez

del doctor Johnson; Tho. y Jos. Warton; Adam Smith; el doctor Percy, autor de *Reliques*; Edward Gibbon, el historiador; Bumey, el músico, el crítico Malone y Boswell. Garrick logró entrar solo con gran dificultad, ya que el doctor, pese a la gran amistad que los unía, sentía una gran aversión hacia la farándula y todo cuanto tuviera que ver con ella. Johnson, de hecho, tenía el hábito singular de apoyar a Davy cuando otros estaban en su contra, y de refutarlo cuando los demás le apoyaban. No tengo la menor duda de que apreciaba sinceramente a Garrick, ya que nunca se refirió a él en la misma forma en que lo hizo con Foote, que era un tipo de lo más grosero, a pesar de su genio cómico. Gibbon no gozaba de mucha popularidad, ya que tenía una odiosa risa sarcástica que ofendía a todos aquellos que tanto admirábamos su trabajo histórico. Goldsmith, un hombrecillo siempre atento a su atavío y poco brillante en conversación, era mi favorito, ya que yo era igualmente incapaz de destacar en retórica. Sentía una gran envidia hacia el doctor Johnson, aunque no por eso lo quería y admiraba menos. Recuerdo que cierta vez un extranjero, alemán me parece, se sentó con nosotros y que, mientras Goldsmith hablaba, reparó en que el doctor se disponía a decir algo. Viendo, en el fondo, a Goldsmith como un simple charlatán en comparación con el gran hombre, el extranjero lo interrumpió y redondeó aquel acto agresivo al gritar: ¡Silencio, el doktor Shonson va a hablar!
En compañía tan preclara, se me toleraba más por mis años que por mi ingenio o mi sabiduría, no siendo rival para ninguno de ellos. Mi admiración por el famoso monsieur Voltaire provocó la desaprobación del doctor, que era profundamente ortodoxo y que solía decir del filósofo francés: “Vir est acerrimi ingenii et paucarum literarum”.
Boswell, un pequeño petimetre al que había conocido ya tiempo atrás, solía divertirse a costa de mis modales pacatos, así como de mis anticuados ropajes y peluca. Estando cierta vez tocado por el vino (a que era aficionado en demasía), trató de satirizarme mediante una composición en verso, escrita sobre la superficie de la mesa; pero falló en la inspiración de su escrito y cometió un tremendo error gramatical. Como yo mismo le dije, mejor que no diera publicidad a la fuente última de su poesía. En otra ocasión, Bozzy (que era como solíamos llamarlo) me recriminó la dureza que yo mostraba hacia los nuevos escritores, en los artículos que escribía para *The Monthly Review*. Según él, echaba a patadas a cualquiera que se acercase a las laderas del Parnaso.
–Señor –repliqué–, está usted en un error. Aquellos que pierden su asidero lo hacen por su propia falta de fuerza; al desear ocultar su debilidad, atribuyen la falta de éxito al primer crítico que los menciona.
Y me alegra recordar cómo el doctor Johnson me apoyó en tal asunto. No había nadie que se preocupase más que el doctor Johnson, en cuanto a las molestias que se tomaba, a la hora de revisar los ripios ajenos. De hecho, se dice que en el libro del pobre viejo ciego Williams apenas hay un par de estrofas que no sean obra del doctor. En cierta ocasión me recitó algunos versos que un criado del duque de Leeds había compuesto, que le habían divertido y que había aceptado por amabilidad. Se referían a la boda del duque y recordaban tanto, en su calidad, al trabajo de otros y más recientes poetastros, que no puedo por menos que transcribirlos:

Cuando el duque de Leeds se casó
con una joven dama de alta posición,
cuán feliz esa damisela fue

en compañía de su gracia el duque de Leeds.

Le pregunté al doctor si alguna vez había tratado de sacar algo de esa composición, y cuando me dijo que no, me divertí haciendo la siguiente corrección.

Cuando el galante Leeds felizmente se desposó
con una virtuosa bella de rancio abolengo,
cuán pudo regocijarse la doncella con verdadero orgullo
¡de conseguir un esposo tan noble a su lado!

Cuando se la mostré al doctor Johnson, este me dijo:

–Caballero, ha hecho que dé de sí; pero no ha conseguido poner ni ingenio ni poesía en los versos.

Nada me complacería más que seguir contándoles mis experiencias con el doctor Johnson y su círculo de talentos, pero soy un anciano y me canso con facilidad. Suelo divagar sin mucha lógica o continuidad cuando trato de recordar el pasado, y temo ser capaz de arrojar poca luz sobre incidentes que otros no hayan discutido ya. Si esta reminiscencia goza de aceptación, quizá ponga en otra ocasión, por escrito, otras anécdotas de tiempos de los cuales soy el único superviviente.

Recuerdo muchas cosas de Sam Johnson y su club, habiendo sido miembro de este último mucho tiempo después de la muerte del doctor, al que lloro sinceramente. Recuerdo cómo el esquire John Gurgoyne, el general, cuyas obras dramáticas y poéticas fueron impresas después de su muerte, fue rechazado por tres votos, probablemente debido a su desgraciada derrota en Saratoga, en la guerra de Independencia Americana. ¡Pobre John! Mejor le fue a su hijo, creo, que consiguió el título de baronet. Pero ahora estoy muy cansado. Soy viejo, muy viejo, y es hora de mi siesta de la tarde.